

Zubiri y Ocampo: en deuda con Ortega

Introducción de **José Lasaga Medina**

ORCID: 0000-0001-8825-9874

I

Era cronológicamente inevitable que el número de *Estudios Orteguianos* que aparece en otoño de 2005 estuviera dedicado a evocar la efeméride del medio siglo de la muerte de Ortega. Tan necesario se presentaba el motivo como problemática la elección del texto a editar.

La bibliografía de Donoso y Raley registra más de cien entradas de escritos directa e inmediatamente relacionados con la muerte de Ortega en Madrid, el 18 de octubre de 1955. Notas de las agencias internacionales de prensa, artículos de alcance, necrológicas y evocaciones de urgencia –y en España, hasta un *memorandum* de la censura franquista fijando los términos, inequívocamente cicateros, en que podía ser tratado el acontecimiento– y ello a nivel prácticamente mundial. Desde Malmoe a Tánger y desde los grandes periódicos de Estados Unidos (el *Washington Post* le dedicó un editorial, “On death of Ortega” y el *New York Times* dos artículos, el 20 y el 25 de octubre) a los diarios de Valparaíso todo el mundo occidental tuvo noticia de la muerte del filósofo español que en los últimos años de su vida se había convertido en un una de las voces más atendidas y respetadas en el desorientado y empobrecido ambiente

Cómo citar este artículo:

Lasaga Medina, J. (2005). Zubiri y Ocampo: en deuda con Ortega. *Revista de Estudios Orteguianos*, (10/11), 295-309.
<https://doi.org/10.63487/reo.664>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 10/11. 2005
mayo y noviembre

de postguerra civil europea, atravesado por las tensiones de un nuevo enfrentamiento entre bloques. A los pocos días comenzaron los textos más reposados de periodistas especializados, discípulos y estudiosos, procediendo a la inevitable tarea de hacer balance, una vez fijada definitivamente la trayectoria vital del filósofo.

Pues bien, no era fácil, dada su abundancia, elegir una muestra de la literatura generada por la muerte de Ortega. Nos hemos decidido por dos textos vinculados por una especie de ley del contraste, aunque partiendo de una coincidencia: se trata de dos personalidades muy próximas a la vida de Ortega, al tiempo que muy notables por su propia obra y trayectoria personal: Xavier Zubiri que redacta un artículo al día siguiente de la muerte del filósofo amigo y Victoria Ocampo que escribe una meditada evocación de Ortega al año justo. La ocasión la provocó la petición de Antonio Rodríguez Huéscar, en su calidad de coordinador del número de homenaje el maestro en la revista *La Torre* de Puerto Rico. La concisión, en cierto modo la sequedad luminosa, del artículo del primero, contrasta con la dulce fluencia de los recuerdos que va desgranando Victoria, acunada por dos rumores que se confunde en su escritura: el de las palabras de Ortega retenidas en el papel de las cartas que relee y el de las olas del océano que sesga el barco que la traslada de Dakar a Barcelona.

Los estilos no pueden ser más opuestos, como opuestas son las atmósferas en las que están concebidos: la transparente de la meseta castellana con esa luz alta y precisa y la del Atlántico brumoso en donde el yo ha de sentirse a solas con sus inhábiles fantasmas. Y por debajo de los múltiples contrastes, la coincidencia de fondo que espero proporcione cierta unidad a mi elección: ambos escritos tratan de lo mismo: las deudas respectivas de sus autores con Ortega.

II

El 19 octubre de 1955 y en el diario *ABC* de Madrid, Zubiri escribió un artículo evocando la figura del filósofo desaparecido. El pie forzado de estos escritos de urgencia y ocasión suelen determinar su contenido. Se trata de elogiar al fallecido, mostrar lo mejor de su vida. Pero si el texto no es banal, siempre contendrá algo esencial del objeto sobre el que trata y, lo que es más interesante, del yo que lo redacta. Zubiri evoca a Ortega desde que se conocen en 1919; el profesor y escritor consagrado está en los 36 años y el joven, que ha cumplido los 21, es un prometedor investigador en la filosofía puntera que Ortega se ha traído de Alemania. Al margen de los párrafos de inicio y despedida, el artículo de Zubiri se limita a dos no muy extensos. En el primero resume con precisión y rigor la idea esencial de la filosofía de Ortega. En el segundo, más breve, nos cuenta su Ortega ínti-

mo. Incluso arroja luz sobre el relativo enigma de una relación profesional y humana, muy próxima en ciertos aspectos, al tiempo que diferente y lejana en otros. El hecho es que Zubiri trata a Ortega como “maestro” en el primer artículo que le dedica en 1936¹ para conmemorar sus bodas de plata con la cátedra pero no hay rastro expreso de las ideas de Ortega en la obra zubiriana. En el párrafo aludido, Zubiri reconoce su deuda con Ortega. Lo que le enseñó es la entraña de la actitud filosófica en toda su desnudez, a saber, “la radicalidad con la que han de librarse, cara a la verdad, las grandes batallas de la filosofía”. Quizá no sea casualidad que en estas palabras resuenen otras de Platón cuando en el Libro VII de la *República* caracteriza la entraña de la dialéctica como “abrirse paso como en una batalla a través de todas las críticas esforzándose por fundar sus pruebas no en la apariencia sino en la esencia” (534c). Ortega le dio el ejemplo: el improbable espectáculo de un hombre filosofando en verdad. También el punto de partida desde el que era menester arrancar: había que irse más allá de la filosofía post-cartesiana, de su naturalismo e idealismo.

Pero el por qué del elogio viene a continuación y trasciende la formalidad del homenaje. Se toca una fibra autobiográfica cuando Zubiri afirma que

¹ “Ortega, maestro de la filosofía”, *El Sol*, 8 de marzo de 1936, con motivo de los XXV años de su magisterio en la Cátedra de Metafísica de la Universidad Central de Madrid. Javier Zamora ha contado las circunstancias de este tardío homenaje, lo que explica su fecha de aparición. El aniversario, que se cumplía en 1935 (Ortega había ganado la cátedra en 1910), pasó desapercibido con la excepción de un artículo del diario católico *El Debate*. Las protestas de Fernando Vela indujeron a *El Sol* a reaccionar “tarde ante el acontecimiento pero con gran elegancia, invitando a amigos y discípulos a participar en unas páginas especiales dedicadas al magisterio orteguiano. Acudieron a la cita Fernando Vela, Xavier Zubiri, Manuel García Morente, Luis Santullano, Gregorio Marañón, María Zambrano y Blas Cabrera”, Javier ZAMORA, *Ortega y Gasset*. Barcelona: Plaza y Janés, 2002, p. 403.

En otras dos ocasiones tomó la pluma Zubiri para escribir sobre Ortega, a parte de la que damos en esta revista: en 1953 para conmemorar el setenta cumpleaños, lo que provocó un homenaje organizado por Julián Marías, toda vez que Ortega se negó a aceptar el que se le ofrecía desde la Universidad, cuyo rector a la sazón era Pedro Laín. Aunque Zamora no identifica la presencia de Zubiri, debe tratarse del citado curso-homenaje que se celebró en la Cámara de Comercio de Madrid en la primavera de ese mismo año (ob. cit., p. 482). Zubiri refiere que la mayor parte del artículo de 1955 se basa en su intervención de 1953. Asimismo colaboró en el número monográfico “Ortega vivo” que organizó Soledad Ortega para conmemorar en *Revista de Occidente* el primer centenario del nacimiento del filósofo en 1983 con el artículo titulado “Ortega, un maestro”. Reproduce lo sustancial de la necrológica de 1955, aunque retirando los párrafos inicial y final y añadiendo otros en su lugar. Me parece importante citar unas líneas del final por subrayar la idea que aquí hemos considerado clave en la visión que Zubiri desea transmitirnos: “En su vida de meditador el hombre va poseyéndose intelectivamente, y en esto consiste la vida intelectual. Por eso, repito, fue Ortega un ejemplar de vida intelectual” —*Revista de Occidente*, 24-25 (mayo 1983), p. 281.

librando esas batallas, “otros salieron ciertamente de la inestable situación de la filosofía postcartesiana por otras rutas diferentes”. Ese recatado “otros” apenas vela un nosotros que le incluye en primerísimo lugar, extensivo luego a otros discípulos que también salieron desde la disciplina orteguiana a otros lugares filosóficos como Gaos o Zambrano.

Que la filosofía de Zubiri está a enorme distancia de la de Ortega es un hecho que no precisa de comentario. Éste cumplió su jornada buscando su propio camino del filosofar, pero lo hizo con un espíritu templado al calor de una “ejemplar vida intelectual” que fue precisamente la de Ortega.

III

Cuando estaba a punto de cumplirse el primer año de la muerte de Ortega, Victoria Ocampo aceptó el compromiso de escribir sobre su querido amigo español. El texto responde exactamente al subtítulo. Para evocar al filósofo Ocampo recurre a sus cartas. Escribe desde un barco que la trasladada desde Dakar a Barcelona y establece un delicado juego de presencias y ausencias: olas que van y vienen, trazando las líneas de las ausencias irremediables; palabras manuscritas que traen a presencia al ausente no menos irremediable. El núcleo del recuerdo se centra en las cartas que recibe durante su estancia en París a principios de los años treinta. Quizá porque fue la época más feliz de Victoria ¿O se trata de una casualidad porque no hay leyes que prevean las fugas de nuestra memoria? Sea lo que fuere, ese recuerdo inicialmente agradable se carga de presagios. Y surge una guía que trenza una misma experiencia en tres biografías: la política, la suerte del intelectual en política en el siglo XX. En la memoria de Victoria se abre paso el recuerdo de su amigo Ortega exiliado en Buenos Aires, aislado y enfermo; el suicidio del muchacho rubio, Drieu La Rochelle, quitándose la vida en la cocina de su casa al enterarse de que las autoridades de la Francia liberada han dictado orden de detención contra su persona; finalmente, Ocampo recuerda el cumplimiento de la profecía de Ortega: a ella también le ha llegado la hora en que todo le falla y bajo idéntica forma: la política le ha dado alcance y amenazado con destruirla.

Añadir a este comentario unas líneas sobre la amistad de Ortega y Victoria Ocampo me parece no sólo innecesario sino tarea imposible dada la riqueza y complejidad de aquella relación, a la que habría que hacer justicia a lo largo de muchas páginas. Cada uno fue un ingrediente biográfico de primera magnitud para el otro. Quizá *Sur*, la revista más influyente de Latinoamérica en el siglo XX, no habría sido lo que fue sin Ortega. Quizá Ortega no habría escrito determinadas páginas, que figuran entre lo más

destacado de su obra, sin Victoria. Ya hay estudios² que hacen justicia al “magnífico animal bicéfalo” –con permiso de Laurence Durrell, que fue quien acuñó la metáfora para otro menester– que fue la relación entre la “Gioconda austral” y el Espectador español.

² En estas mismas páginas, el ambicioso ensayo de Marta Campomar, “Victoria Ocampo en la cultura del amor de Ortega y Gasset”. El argumento del estudio es que la meditación de Ortega sobre temas amorosos en sentido amplio, relación entre el hombre y la mujer, función social de ésta, etc. están muy condicionados por la relación que Ortega mantuvo con Victoria Ocampo. En *Revista de Estudios Orteguianos*, 3 (noviembre 2001), pp. 209-290.

XAVIER ZUBIRI

Ortega

Tan sólo una vez en mi vida he tomado la pluma para escribir en periódicos; y fue precisamente para hablar de Ortega. Ahora, con el ánimo afligido y consternado, no acierto a hacerlo como fuera debido. Cuando, hace dos días, estreché por última vez su mano, un extraño sentimiento me invadió. Era difícil puntualizar lo que en él correspondía al cariño acendrado del amigo, a la gratitud hacia el maestro y a la admiración ante su imponente figura intelectual. Para mí se cifraba todo ello en una sola palabra: era don José. Por eso hoy, que se me pide un artículo, no tengo serenidad para escribirlo; lo único que me es dado hacer, es reproducir algo de lo que públicamente dije hace dos años, al cumplirse los setenta de esta vida tan ejemplarmente fecunda.

Conocía a Ortega en 1919, pocos años después de su regreso de Alemania, donde, apenas incipiente la fenomenología de Husserl, la filosofía se hallaba escindida entre un positivismo como el de Wundt, y el neokantismo, representado especialmente por Cohen, Natorp y Windelband.

Ortega vino de Alemania no con lo que muchos trajeron de allá –modas filosóficas– sino, por lo pronto, con un gran acopio de ideas y libros filosóficos que generosa y pulcramente puso al alcance del público español, unas veces en traducciones, otras en comentarios personales. Esto sólo bastaría para hacerle

acreedor a nuestra más profunda gratitud. Sin esta actuación de Ortega, no sabemos lo que hubiera sido de tantos españoles.

Pero no es esto ni lo único ni lo principal. Lo que Ortega trajo de Alemania fue su mente atenazada por problemas.

Estos problemas se centraban en aquel momento para Ortega en dos puntos que siempre le han producido estricto mal humor. Aristóteles nos dice, a veces, que la filosofía nace del asombro, y otras que brota de la melancolía. Para Ortega diríase que sus reflexiones nacieron del mal humor que le producían, por un lado, el yo absoluto del idealismo, y por otro, el imperio tiránico de la razón científica, sobre todo en su forma físico-matemática. Todavía hace pocos años le oí decir: "Me encanta molestar a la geometría". Esta nota del mal humor no fue un mero azar sentimental para un hombre como Ortega, que precisamente iba a encontrarse con el fenómeno de la vida. Aquel mal humor era indicio de la grave inquietud intelectual que le producían las dos tesis citadas, precipitado último de toda la aventura filosófica de la mente humana a partir de Descartes. Ortega se vio así retrotraído al punto último y problemático en que Descartes apoya toda la filosofía: el yo que duda.

La actitud de Ortega ante este punto crucial de la filosofía viene determinada por el hecho de que para él la propia duda cartesiana no es sino un diálogo interno entre el yo que duda y el mundo de cosas en que aquel yo vive. Recordando la frase de Descartes, según la cual alguna vez en la vida hay que ponerlo todo en duda, podría decirse que Ortega la continuó diciendo: "menos la vida misma". En la época en que Ortega comenzó a filosofar, la vida no era ciertamente un tema nuevo. Pero para esta filosofía de la vida ("Lebensphilosophie") la vida era lo irracional al margen de la razón. La actitud filosófica de Ortega fue diametralmente opuesta. La vida consiste, precisamente, en un drama, en una acción o diálogo del hombre con las cosas de su entorno. No existe, pues, el yo en y por sí mismo, sino un yo viviendo con las cosas. Yo soy —decía— yo y mi circunstancia. La vida es por esto la realidad radical para Ortega. Y esta acción dramática en que la vida consiste no es irracional; todo lo contrario, es la razón misma, la razón vital. La razón vital no es vida más razón, ni razón más vida, sino la vida misma como forma radical de la razón. Por esto, la filosofía de Ortega no es ni racionalismo sin vida ni vitalismo irracionalista.

En este bracear denodado con la verdad de la vida y de las cosas, Ortega nos enseñó, "in vivo", la radicalidad con que han de librarse, cara a la verdad, las grandes batallas de la filosofía. Es lo que perennemente nos une a su espíritu con plena admiración, profundo respeto e íntimo cariño. Otros salieron ciertamente de la inestable situación de la filosofía postcartesiana por otras rutas diferentes. Pero no es menos cierto que el vigor mental para recorrerlas se

templó y puso en forma al calor de su ejemplar vida intelectual. Él mismo me lo decía, pasando un día ante una casa en construcción en la plaza de la Independencia: “Si usted y yo trabajáramos en esa casa, nos verían desde la calle en lo alto de un andamio peleándonos por el Uno de Parménides”. Y así fue.

La figura, ya fijada, de este espíritu egregio y excepcional se agiganta hoy ante los ojos de quienes, con todo nuestro cariño entusiasta, le hemos visto desde su juventud, y queda asentada y firme por su propio peso, como un monumento de granito, para recuerdo y modelo imperecedero de lo que es una vida de meditador.

Para don José la hora de la meditación ha terminado. Se halla ya ante la muda realidad. Que Dios le haya acogido en su seno mediante el amoroso abrazo de Su Verdad personal subsistente en Cristo.

ABC, 27 de octubre de 1955



Victoria Ocampo

VICTORIA OCAMPO

Entre Dakar y Barcelona

Recordando a Ortega

En una carta que me escribía Ortega, desde Mendoza, en 1928¹, encontré cincuenta pesos y esta explicación: “A última hora, cuando recogía los postreros papeles muertos de las batallas que me he dado en mi habitación, apareció la tarjeta del banquete a los Bliss [Bliss era, en aquellos días, embajador de los Estados Unidos en la Argentina] que por lo visto no me fue exigida al entrar. En ella he leído: cubierto 50 pesos. Es decir que durante más de un mes he sido tu deudor de 50 pesos sin que lo haya recordado un instante”. A Ortega le gustaba pagar sus deudas, y ésta era mínima. A mí también me gusta pagarlas. O por lo menos tratar de pagarlas: mi deuda con Ortega es grande, nunca lo repetiré suficientemente, ya lo dije en *Sur*².

Algunos amigos de la Universidad de Puerto Rico me habían pedido unas páginas para el número que *La Torre* le dedicará al “espectador”³. Prometí es-

¹ Carta publicada en edición de Paulino Garagorri: José ORTEGA Y GASSET, *Epistolario*. Madrid: Revista de Occidente, 1974, pp. 141-142. En nota el editor remite a la publicación que Victoria Ocampo había hecho de estas cartas en *Sur*, septiembre-octubre de 1965. Todas las notas son del editor excepto la primera parte de la nota 10, que es de Victoria Ocampo.

² “Mi deuda con Ortega”, en el número monográfico que *Sur* dedicó al filósofo –241 (julio-agosto 1956), pp. 206 y ss., incluido en *Testimonios (1950-1957)*. Buenos Aires: Sur, 1957.

³ Ocampo se refiere a la Universidad de Río Piedras en San Juan de Puerto Rico, fundada

cribirlas. Tenía, pues, más de una razón para cumplir con mi promesa. Pero se me han cruzado en el camino los preparativos de un viaje, y el viaje mismo.

Estoy escribiendo a bordo del “Augustus”, constantemente interrumpida por una presencia perturbadora: el mar.

Nunca he podido leer en un jardín, como parecen hacerlo con particular satisfacción muchas personas; ni escribir junto al mar, o navegando sobre sus olas. Wilde le decía a Gide (cito de memoria; no tengo el texto a mano para verificar si son los términos exactos) que el sol hace retroceder al pensamiento (“le soleil fait reculer la pensée”). También los jardines y el mar... Sé, por experiencia, qué es traer libros a bordo; pero con la esperanza de vencer esa imposibilidad física (en mí lo es) puse en mi valija las cartas de Ortega. Se me ocurrió que sería la mejor manera de “me mettre en train”. Aquí están las cartas, sobre la mesa de mi camarote. Las releo. Pienso en Ortega y hasta converso con él. Esta soledad se presta al diálogo con los ausentes. Pero en cuanto se trata de escribir... El mar se interpone. Está siempre presente, siempre “recomenzado”. Entra de día por el ojo de buque de mi camarote, y de noche, cuando no lo veo, lo oigo. Lo oigo como oigo los árboles en el viento, y como oigo la música; con ese exceso de deleite que Ortega censuraba (“la música te pierde”) entiendo ahora por qué. Pero nosotros no elegimos. Nacemos con o sin ese amor. Y con el mar pasa otro tanto. Veo que para mucha gente, en este barco, el mar existe apenas.

Huyendo de él, corro las cortinas amarillas de mi “ojo de buque” e intento taparme con algodón los oídos. (¡Pobre Ulises! ¡Cómo lo comprendo!). Coloco una hoja de papel de avión en mi *Underwood* (es papel de a bordo y hasta en su color azulado me persigue la imagen del mar) y trato de hacerla marchar. Si Ortega no me ayuda no arrancará. Voy a copiar algo de lo que me escribía en 1930, cuando yo estaba en París: “No te oculto que me preocupa un poco la actitud germinante de D. que tras esos párrafos [aludía a un artículo sobre política, publicado en *Le Temps*] puede ocultarse. La expresión adecuada es ésta: me preocupa. Porque no se trata de que sin más y con plena evidencia me parezca mal. Pero recelo que a la postre resulte, en efecto, una actitud lamentable. Y para mí no es lamentable una actitud porque discrepe de la mía (no está dicho siquiera que yo discrepe de ésta), porque me parezca un error, sino porque sea subjetivamente falsa, inauténtica, adoptada por contagio, por motivos indirectos, por atropellamiento. Auténtico no es lo que sin más ni más hallamos en el sobrehaz de nuestra intimidad. Mis pensamientos no son sin más ni más

por Jaime Benítez bajo rigurosa inspiración orteguiana. Fue lugar donde profesaron muchos exiliados republicanos como el ya mencionado Antonio Rodríguez Huéscar, Francisco Ayala o Juan Ramón Jiménez. *La Torre*, 15-16 (julio-diciembre 1956).

los que buenamente pienso. Todo lo contrario: el *mí mismo* no se da nunca en estado nativo. Es esencial a él tener que ser buscado con enormes esfuerzos, aislado, reedificado. Hasta el punto de que quien vea la faena desde fuera y sin cautelas juzgaría que ese *moi-même* es precisamente una construcción o deformación del espontáneo y auténtico.

“Todo esto va dicho en tono dogmático impuesto por la prisa: corro a dar un curso. Pon tú la interrogación que falta y que desdogmatiza la idea. *Ése es nuestro gran problema*. El de nuestra hora común”.

Después de haber copiado estos párrafos he ido a recorrer las cortinas. De nada sirven estas sedas italianas. Yo sé que el Atlántico está detrás. De nuevo me he puesto a mirarlo “with a wistful eye”, como el prisionero de la cárcel de Reading miraba el cielo⁴. Y de ese poeta he saltado a otro, que tanto quiso al mar...

“Berçant notre infini sur le fini des mers...” me repito. Él sabía que ese infinito del mar es nuestro infinito, puesto que los océanos tienen límites. Sabía que el mundo es grande “à la clarté des lampes”. Pero:

*Aux yeux du souvenir que le monde est petit!*⁵.

Tan pequeño que con los ojos del recuerdo lo recorremos en unos segundos vertiginosos... Llego a París la carta. Leo *Le Temps*. Un muchacho rubio dice⁶: “Pero si tú no entiendes nada de política”. Una voz –la mía– contesta: “Como

⁴ El prisionero es obviamente Oscar Wilde. Ocampo alude a los primeros versos de la *Balada de la cárcel de Reading*:

“Jamás vi a un hombre que mirara con tan ávidos ojos
ese pequeño dosel azul que los cautivos llaman cielo”.

⁵ El poeta amante del mar es Baudelaire. Ocampo juega con tres versos de los dos primeros cuartetos del poema “Le Voyage”, de *Le fleur du mal*. Los versos en cuestión dicen así:

Pour l'enfant amoureux de cartes et d'estampes,
L'univers est égal à son vaste appétit.
Ah! que le monde est grand à la clarté des lampes!
Aux yeux du souvenir que le monde est petit!
Un matin nous partons, le cerveau plein de flamme,
Le cœur gros de rancune et de désirs amers,
Et nous allons, suivant le rythme de la lame,
Berçant notre infini sur le fini des mers

⁶ El muchacho rubio es con toda seguridad Pierre Drieu La Rochelle, amigo íntimo de Ocampo desde que se conocieron en 1929. La alusión al suicidio del escritor de orientación fascista y director de la NRF durante la ocupación es transparente. Ortega y el novelista francés se conocieron en una visita que el primero hizo a París, probablemente a su vuelta de su segundo viaje a Buenos Aires en algún momento de 1929. En las cartas que Ortega envía a Ocampo que seguía en París al año siguiente hay varias referencias a Drieu. En 1928 había publicado una reflexión sobre Europa titulada *Genève ou Moscou* que pudo interesar a Ortega porque coincide con algunos puntos de vista de *La rebelión de las masas*: ve en una Europa unida la salvación de los europeos y en el nacionalismo la fuente de su perdición. Éste visitó a Ortega cuando pasó por Madrid en 1933.

no me meto en política, mis errores serán menos peligrosos que los tuyos". El tiempo corre. Pasan años y cartas. Llega una que dice: "No tendría nada de particular que tú, cualquier día, entrases también en una zona de amargura y que te empezase a fallar esta o la otra dimensión de la vida". Está escrita de puño y letra de Ortega y fechada: Octubre de 1941. En aquel momento no la supe tan profética⁷. Las profecías que se cumplen son raras. La ciencia –como lo hace notar Jean Fourastié⁸–, permite prever con cincuenta años de anticipación la fecha del eclipse del cuarto saliente de Júpiter, pero no determina la probabilidad siquiera de un motín en la plaza de la Prefectura de Nantes la víspera del día en que estalla efectivamente ese motín.

El muchacho rubio colaborador de *Le Temps*, el que creía en la política, me escribe: "J'ai beaucoup muri depuis cinq ans, j'ai le bonheur de découvrir la philosophie indienne. Joie, joie. La politique = rien: les basses humeurs". Me lo escribe momentos antes de matarse. Yo que no entendía nada de política: presa política. Y el español, el gran español que preveía mi entrada en una zona de amargura muere, como desterrado en su propia tierra. Todo ha pasado en un santiamén. Apenas me dieron tiempo estos recuerdos para mirar cómo la espuma blanca se pierde en lo azul del mar y deja de ser espuma. ¡Tanta rapidez para algo que fue tan lento!

Así vimos caer "au ralenti", ayer, en un documental italiano, una gota de leche en una taza de leche. El *tempo* lentísimo nos hacía descubrir remolinos pavorosos, olas, marejadas. Pero la caída de esa misma gota sin "ralentisseur" no parece perturbar la chatura de la leche ("le lait plat", de Valéry⁹). Todo es cuestión de *tempo*. ¿Y de tiempo?

Quedo interrumpida la... iba a decir carta. ¡Dakar! ¡Los "flamboyants", esos árboles inverosímiles, pura flor! Esas mujeres negras, puro color, que caminan como reinas, ¡incluso cuando están en vísperas de dar a luz mellizos –sospecharíamos! Esos turbantes más vistosos que las plumas de los loros, y envueltos en las cabezas con más arte que el de los célebres modistos parisieneses. ¿Habría visto Ortega todo esto? Hojeo sus cartas, y aunque no menciona Dakar, encuentro una, contestando a unas líneas mías escritas en esa jerga que

⁷ Lo profético de las palabras de Ortega en la carta de 1941, cuando éste se encuentra en unos de los peores momentos de su exilio, fue el hecho de que durante la dictadura de Perón, Ocampo fue perseguida políticamente y hasta detenida bajo una ridícula acusación. Permaneció arrestada durante casi un mes. Estuvo durante mucho tiempo sin pasaporte y en una situación económica precaria que amenazaba la publicación de *Sur*.

⁸ Jean Fourastié (1907-1990): economista, autor de muchos estudios sobre filosofía de la técnica, ciencias sociales, etc. Es probable que la obra de la que extrae Ocampo la alusión sea *Histoire de demain*. París: Presses Universitaires de France, 1956.

⁹ El verso que cita es "Le pain tendre, le lait plat", en *Palme, Charmes ou Poèmes* (1922).

los franceses llaman “petit nègre”: “Tu carta escrita en idioma negro me produce el efecto maravilloso que suele producirme todo lo negro o semi-negro”. Sé que hoy me hubiera sentado a contarle Dakar. Eso sí, hubiera podido escribirlo. Para él. Le divertían las tonterías que le contaba. Pidiéndome esa “diversión”, me escribía a París: “Te sacas de las mangas, del pañuelo gentes y gentes, músicos, arquitectos, hombres de letras y filmadores rusos en inagotable pululación. Tu vida es legión, omnímoda, multitudinaria, vibrionica. Eres una gota de agua poblada por infusorios innumerables. Y después de todo eso, por la noche, poniendo tus manos en el gesto de Chestov, mirándote las palmas como si buscaras una mancha, te dices, como Chestov, aunque con otro acento: *Mais je n’ai rien dans les mains!*”¹⁰.

Leía quizás esas cartas mías de París como los pasajeros del “Augustus” miran los delfines, esos payasos del mar que se lo pasan dando vueltas de carne-ro. A mi también me divierte mirarlos. Los he estado mirando hoy.

*Dauphins, vous jouez dans la mer
Mais le flot est toujours amer*¹¹.

Se lo hubiera hecho notar a Ortega. Le hubiera dejado la carta en Barcelona.

Pronto veremos de un lado la costa española, del otro la costa africana. Pero esta vez, será España sin Ortega. Una triste España para mí. España sin amigos. Me cuesta entrar en razón y conformarme con esa realidad.

“Tu amistad con España puede ser más importante en tu vida de lo que acaso imaginas”, me escribía Ortega hace 25 años. Ha sido importante. Y lo que *ha sido* de verdad no se puede ya dejar de ser. Es, para siempre. Por eso siento que nunca podré pagarle a Ortega mi deuda.

La Torre, julio-diciembre de 1956.

¹⁰ Se refiere Ortega a una conversación que tuvo con Chestov en París, en presencia mía. Chestov le hablaba de un filósofo (no recuerdo cuál) y decía que después de leerlo y de creer uno que había sacado algo en limpio se miraba las manos y descubría que las manos estaban vacías: *je n’ai rien dans les mains*. (Nota de la autora). Por recomendación de Keyserling, Ocampo visitó al filósofo ruso exiliado Leon Chestov que residía en París. Su libro más importante es *Athènes et Jérusalem. Un essai de philosophie religieuse* (1938).

¹¹ Guillaume Apollinaire, “Le Bestiaire ou cortège d’Orphée”, en *Alcools* (1911). El poema completo dice

Dauphins, vous jouez dans la mer,
Mais le flot est toujours amer
Parfois, ma joie éclate-t-elle?
La vie est encore cruelle.